BX1428
N5

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125373

Illmo. Señor.

Señores:

SERMO TUUS VERITAS EST.
LA PALABRA TUYA ES LA VERDAD MISMA.
S. Juan, cap. XVII, v. 17.

VENGO con pena á ocupar esta tribuna, en donde, desde la fundacion de la Sociedad Católica, han resonado voces mucho más elocuentes y autorizadas que la mia; pero vengo, Señores, con la frente inclinada y con la mano en el corazon, como quien rinde un homenaje y como quien cumple un sagrado y altísimo deber. Y estas dos grandes consideraciones que ocupan mi mente en este momento solemne, infunden serenidad á mi ánimo y mueven mi lengua en honor de la primera y más sublime de todas las verdades, de la verdad por excelencia, Señores, de la verdad religiosa, que es la verdad católica.

En otros tiempos más tranquilos y felices para la Iglesia cristiana, si bien acaso por eso mismo, ménos meritorios y ménos llenos de glorificadoras virtudes, el cristiano concurria á estas sagradas fiestas de la Religion, y casi puedo decir de la familia, con el

semblante risueño y el corazon henchido de alegría y de paz: el hermano estrechaba complacido la mano del hermano, con quien departia sus más puras y santas emociones, y la voz de los fieles se levantaba más expansiva y alborozada bajo las bóvedas de nuestros templos y bajo el techo siempre querido de nuestros hogares. Hoy, Señores, siento que al decirlo se me nubla la frente y se agolpa el dolor á mi pecho, tenemos que hacer un grande y poderoso esfuerzo sobre el error y sobre el mundo, para venir á pregonar aquí, en elevados acentos, que estas fiestas de la Iglesia, son las fiestas, no de un individuo ni de una secta, no de un dia ni de una época, no de un principio pasajero ni de una estéril escuela filosófica, sino las fiestas del género humano, uno en su orígen y en su noble destino; las fiestas de los siglos que empiezan y se resuelven en la eternidad; las fiestas de la verdad, de la belleza, de la bondad y de la justicia absolutas, que son la obra de Dios, y que están representadas en el tiempo por la Religion, la Filosofía y la Historia.

Sí, Señores; yo dirijo la mirada á nuestro alrededor, y oigo que se levanta en contra de nosotros el airado anatema de la pretendida sabiduría y del racionalismo moderno, contra nosotros que, como todos los católicos, sentimos arder en nuestras cabezas el fuego de la verdad santa, que sentimos correr tambien por nuestras venas el anheloso afan de la civilizacion, de esa civilizacion verdadera que eleva y engrandece, que guia y perfecciona á la humanidad; y todo esto, Señores, porque publicamos y seguimos y veneramos el catolicismo, hoy excluido del banquete del contemporáneo progreso, de la misma manera que si la luna, ese faro luminoso de la noche, pretendiese excluir del sistema de nuestro universo, al astro-rey, de quien recibe la luz y la vida.

Hoy, Señores, si atendiéramos ciertamente á las conveniencias mundanas, al provecho de los humanos intereses y al ludibrio de los sabios nuevos, encargados de repartir entre los hombres sus encarecidos favores, no vendriamos á tributar públicamente este

grande y respetuoso homenaje á la Iglesia católica, de quien somos hijos, á la divina y universal verdad, de que somos servidores. Pero nuestra conducta reposa sobre la base inamovible y firmísima de la conciencia católica, de esa ley sagrada que no tiene más que un peso y una medida para todas las cosas, y una voz que baja de lo alto, de esos campos infinitos, en donde crecen en eterna primavera el árbol majestuoso de la vida y las flores de todas las virtudes, se allega hasta nosotros, como una brisa perfumada en los espacios del cielo, y llena nuestras almas de no sé qué inefables esperanzas, de no sé qué grandes y misteriosos consuelos, que nos sostienen y fortifican en esta obra que, siendo humana por su naturaleza, es por la accion de la Providencia en la creacion, una obra tambien divina.

¡Qué grande complacencia me proporciona, Señores, el honor de dirigiros la palabra en este dia de tan grandes y tan solemnes recuerdos para la Iglesia cristiana, en este dia en que, al conmemorar al primero de los apóstoles, primer caudillo y maestro del pueblo cristiano en la admirable gerarquía de su poder espiritual, recuerda tambien la Iglesia agradecida la promesa y el cumplimiento de su inmortalidad; en este dia, repito, en que el *Tu es Petrus*, pronunciado por Jesús de Nazaret á las orillas del histórico mar de Galilea, parece que llega más grato á nuestros oídos para infundirnos mayor valor y confianza! ¡Tú eres Pedro, y sobre tí como sobre una piedra de indestructible solidez y de maravillosa firmeza, levantaré el místico edificio de mi Iglesia, contra la cual nada podrá el poder de las tinieblas ni el dilatado combate de los siglos! (S. Math. cap. XVI, v. 18.) Piedra admirable, Señores, que colocada por la misma mano de Dios en medio de la morada de los hombres, y llevando sus graníticos cimientos hasta los abismos de la eternidad, resiste sin conmoverse á todos los embates de la agitada vida humana, en la ilimitada sucesion de los tiempos! Piedra mil veces santa y venerada, sobre cuya sagrada superficie, regada con la sangre de los mártires, debemos arrodillarnos

ahora, para meditar con profundo y respetuoso recogimiento, en el invisible y eterno destino de la sociedad cristiana!

Así lo quiso, Señores, un hombre extraordinario, tipo único que no habian admirado ni volverán á admirar jamás las edades, el cual aseguró de sí, como ninguno, que Él era verdaderamente Dios, y que con tan inaudita afirmacion ha comparecido durante diez y nueve siglos, ante el tribunal de la filosofía y de la historia, tan diverso ya en sus caractéres como vario en sus procesos. Era oscuro ese hombre, y su espíritu y su palabra iluminan el vasto campo de la razon y de la conciencia; era pobre, y ha tenido tesoros para todas las miserias y templos para todos sus servidores; era solo y débil, y venció á todos sus enemigos, y pasó del establo de Belen y del pretorio de Pilatos á la posesion de la Roma pagana y al dominio del mundo. Y este es, Señores, al mismo tiempo, el acontecimiento más extraordinario y grandioso que registran nuestros anales, desde el principio de los tiempos, el hecho que, al atravesar por en medio de la corriente vertiginosa de los siglos, ha estampado su huella imperecedera en el camino de la historia, y ha dejado abierto sobre sus inmaculados altares, no ya para el cristiano, sino para todos los hombres, el libro siempre sagrado y misterioso de la verdad y de la vida.

Verdaderamente, Señores, no puede darse más alto asunto, ni más sublime verdad al ejercicio de la inteligencia del hombre, ni más santo y noble carácter, ni más admirable y fecundo desarrollo á la existencia del género humano. Yo quisiera que la filosofía de todos los siglos, reunida ahora, y fijando á la manera de un foco de luz, toda la intensidad de sus meditaciones en ese acontecimiento prodigioso, luminar de la historia y sol del universo moral, alrededor del cual giran los hechos de los hombres, de quien reciben su luz, viniera á decirnos si hay algo que se le asemeje siquiera en el órden humano. El cristianismo no era, y empezó á ser y cambió la faz del mundo. Se niegan los milagros, Señores, y vivimos en medio de un milagro perpétuo. Derivamos de un

hombre que dijo que era Dios, y que se encargó de probarlo. ¡Quién lo hubiera creido! Aquello era tan superior á la razon y tan contrario á sus dictados, que no se ha vuelto á oír, si nos es permitido expresarnos así, mayor absurdo ni locura. La obra de la redencion humana se verificó contra todas las reglas conocidas hasta entónces en el órden moral, y hasta contra el criterio comun. El absurdo y la locura triunfaron cuando pareció que sucumbian para siempre, cuando el pobre loco que arrastraba tras de sí á todas las gentes, el indefenso visionario que intentaba destruir el poder de los dioses y el imperio de los Césares, moria en un patíbulo afrentoso, que parecia el término de su inaudita empresa y el justo castigo de su inconcebible atrevimiento. Pero las cosas no se detuvieron allí; y esa palabra de redencion, conducida por un impulso increible y á todas luces sobrehumano, estremeció al mundo con la avasalladora fuerza de su soberano influjo, luchó por trescientos años en medio de un mar de sangre, grabó la idea del Hombre-Dios en todos los corazones, hizo arrodillarse á la humanidad entera al pié de sus altares, y levantó, por último, sobre todas las cabezas el código santo é inmortal que empezó á regir al mundo.

Desde entónces, Señores, la luz que nos alumbra, el aire que respiramos, la tierra que huellan nuestras plantas, todo, puede decirse, es absolutamente cristiano, impregnado del aliento divino y de la sangre regeneradora del Cristo. Él era sin duda verdadero hombre; pero era tambien al mismo tiempo verdadero Dios, que regeneraba al mundo, al redimirlo, y que lo enmudecia con el espectáculo de tantas maravillas. Sobre esa piedra portentosa que la omnipotencia de Dios habia colocado en la tierra, como inamovible base de su Iglesia, se levantó con asombro, como el fénix renaciendo de las cenizas, el majestuoso edificio, no dirémos solamente religioso, sino tambien el edificio social y el edificio político de las nuevas generaciones.

Meditemos, Señores, sin embargo, cómo por el solo olvido del

carácter generalizador y absorbente de la regeneracion cristiana, el mundo moderno corre desatentado en busca de una felicidad ilusoria, de una verdad engañosa. Es la tierra prometida de una generacion de incrédulos, siempre seduciendo sus sentidos con sus encantadores celajes, y siempre escondiendo sus lúgubres riberas en la tenebrosa noche del caos. Colocar fuera de los dominios del reinado de Jesucristo el progreso intelectual y moral del mundo es señalar mezquinos valladares á lo infinito. Conceder al Divino autor de la Iglesia cristiana el triste papel de fundador de una religion inventada y pasajera, de embaucador de las gentes y de traficante de la conciencia humana, es ignorar la profunda filosofía del cristianismo, renegar de la historia y desconocer la íntima naturaleza y el sentimiento universal del género humano.

Es, en efecto, verdaderamente admirable, Señores, el observar cómo esa unidad y esa generalizacion, que el progreso intelectual descubre cada vez más en el órden científico, se halla más visible y palpitante, sin duda, en el órden religioso, descubrir cómo del seno de la incomunicable verdad religiosa, salen necesariamente, por medio de un riguroso encadenamiento filosófico, todas las verdades relativas á Dios y al hombre, al individuo y á la sociedad, al cielo y á la tierra. Y ese descubrimiento lo debemos, Señores, ciertamente, á la verdad católica, que es la verdad religiosa por excelencia, á la verdad católica que vino á enseñar al mundo no solo una religion divina y natural, sino una filosofía más elevada y una historia más trascendental. Ella vino á demostrar, que las verdades religiosas y morales están de tal manera ligadas entre sí, que del conocimiento de cualquiera de ellas se puede pasar al de todas las demás, y que no se puede nunca fijar cuál es la primera y la última, del mismo modo que no se puede encontrar jamás el principio y el fin de la circunferencia.

Y hé aquí tambien, por qué hemos dicho, Señores, que al hacer Jesucristo una regeneracion religiosa, hizo al mismo tiempo

y por la misma naturaleza de las cosas creadas por él, una regeneracion social y una regeneracion política. No podia, en verdad, regenerar al individuo sin regenerar á la sociedad, y no podia regenerar á la sociedad sin regenerar al Estado; porque no podia regenerar todas y cada una de las partes sin regenerar el todo. Y hé aquí, por último, Señores, por qué la obra de la redencion cristiana debió abarcar y abarcó, en efecto, en su concepcion infinita, como en su infinito desarrollo, todo el mundo religioso, que estando formado del mundo moral, del mundo social y del mundo político, va á refundirse, como las aguas todas de la tierra al inmenso cauce de los mares, á la divina y exclusiva síntesis del dogma católico.

Si esto no hubiera sido así, Señores, la obra religiosa de Jesucristo se hubiera circunscrito solamente á la destruccion de los antiguos dogmas y de su abominable culto; en tanto que Él efectuó desde el principio y simultáneamente la ruina de la sociedad antigua y de su execrable estado político. Siguiendo en su desarrollo la misma unidad que se advierte en la idea, ó sea en el dogma cristiano, al mismo tiempo que libertaba al hombre de la teogonía gentílica, que no era más que la esclavitud de los vicios divinizados por el politeismo, lo libertaba tambien de la esclavitud social, encarnada en los ilimitados derechos del padre de familias, del señor y del marido, y de la esclavitud política encarnada en el cesarismo ó en la demagogia, que son las dos inhumanas y destructoras formas de la tiranía y del despotismo. Y de esta manera, Señores, descubrimos, llenos de asombro y con todo el acatamiento debido á la verdad, que la redencion cristiana venia á ser úna en cuanto á la persona de su Autor; úna en cuanto á su teoría representada en el dogma ó sea en el pensamiento divino, y úna en cuanto á su accion ó desarrollo que, atrayéndose así todas las cosas, se las asimila y trasforma por medio de una síntesis infinita y de una infinita análisis, de la misma manera que puede decirse, sin caer en el panteismo, que Dios es la síntesis y

la análisis de todas las cosas, que han sido creadas á su hechura, como el Sér increado en que están contenidos los tipos eternos de todos los séres.

A este respecto, Señores, no puedo prescindir de recordar en este lugar, las magníficas palabras de uno de los más grandes pensadores de nuestro siglo; genio extraordinario, que reunió en su privilegiada inteligencia, la mirada del águila, la profundidad del abismo, la inmensidad del mar y la hermosura de los campos, y que con el poder de tan raro conjunto de atributos avasalló á sus plantas la razon de todas las ciencias.

"Posée la verdad política, dice, el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posée la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que él afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto estas afirmaciones. De donde se sigue, que toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmacion relativa á Dios, ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica."

"Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo. Si lo es, no hay nada fuera de esa ciencia, que no tiene plural; porque el todo, que es su asunto, no le tiene. La ciencia política, la ciencia social, no existen sino en calidad de clasificaciones arbitrarias del entendimiento humano. El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas, miéntras que en Dios no hay sino una afirmacion, única, indivisible y soberana." (Donoso Cortés: Ensayo, pág. 6.)

Por esta razon hemos dicho, Señores, y no nos cansarémos de repetirlo, que el desconocimiento de la profundísima filosofía del

dogma católico, así como de la accion omnipotente é infinita de Jesucristo y de su Iglesia, lleva á las ilusorias y extravagantes concepciones del racionalismo moderno, la irrealizable pretension de levantar una ciencia y un órden enteramente nuevos, fuera del dominio moral de la Iglesia católica; que seria lo mismo, Señores, que pretender salir del mundo que habitamos y del sistema en que gira nuestro globo, para ir á crear un mundo nuevo á las inconmensurables soledades del espacio. Y todo esto, Señores, preciso es reconocerlo bien, no con nuevas verdades, porque no puede haberlas, sino con las usurpaciones y los despojos hechos á la doctrina católica, torpemente confundidos por la soberbia y por el sensualismo.

Cuando así meditamos, Señores, en esas sublimes é imprescindibles verdades, que son la vida de la humanidad, como el alma es la vida del cuerpo humano, sin la cual no podria existir; cuando asomamos, por decirlo así, nuestra débil mirada al infinito abismo del pensamiento divino, para explicarnos la creacion y el destino de esta existencia terrenal, tan llena de combates y de misterios, y que sin la accion inmediata y directa de Dios no seria más que una representacion inútil y automática al par que dolorosa y sangrienta, sentimos levantarse del fondo de nuestra conciencia, un estremecimiento espantoso que agita todo nuestro sér, como si estuviéramos ante la augusta y aterradora majestad del Dios del Sinaí, y sentimos por esa pobre y abandonada razon humana toda la compasion y toda la tristeza que puede inspirar la más grande de las miserias del hombre. Ella, Señores, huye de los hermosos campos iluminados por la fé, y corre desatentada como Caín, despues del terrible sacrificio de Abel, llevando el odio y la desolacion á los oídos de la sociedad moderna, sin detenerse á reflexionar un momento en la imposibilidad de su empresa. Ella, bulle ahora en las cabezas de una secta de hombres que, siendo los descendientes legítimos en el órden moral y filosófico, de aquellas muchedumbres impías, que gritaban un dia